

OTRO **BOLÍVAR** PARA LA NUEVA REPÚBLICA

Harold Alvarado Tenorio

Todavía se cree que la más auténtica iconografía bolivariana son los retratos del natural confeccionados entre 1819 y 1830, año de su muerte, donde el Libertador aparece de pie o medio cuerpo, con una espada, tres condecoraciones y la hebilla con sus iniciales. Autores de esas efigies fueron, entre otros, J. M. Espinosa, P. J. Figueroa, F. D. Roulin, A. Meucci, J. Gil de Castro y P. Tenerani, cuyo bronce aún preside la Plaza de Bolívar. Un Bolívar a imagen y semejanza de los idearios políticos de finales del siglo XIX, dignos de las perversas y mezquinas conciencias de Núñez y Caro, cuyo eco aparece en los panegíricos de Montalvo, García Calderón, Blanco Fombona o Guillermo Valencia; un arquetipo del héroe con talante de Julio César o Napoleón, superior a Washington y San Martín. Sólo la violencia política desatada tras la muerte del *negro* Jorge Eliecer Gaitán y los temores de la oligarquía que destruyó la historia y la lengua con el Frente Nacional, nos permiten ver, hoy, al Bolívar de carne y hueso —el casi cierto— que ya había retratado también Espinosa después del atentado septembrino y que García Márquez inscribió para siempre en *El general en su laberinto*, la novela más bella y humana que haya escrito.

A una miniatura en acuarela sobre marfil de José María Espinosa [Bogotá, 1796-1883] debemos la imagen oficial y alegórica del Libertador. Fue este gran pintor colombiano quien más hizo retratos del natural del Padre de la patria. Tenerani usó esa imagen de brazos cruzados, mirada y desilusión en los labios, para la manufactura de la estatua de marras. Dice Espinosa que la hizo antes del atentado de septiembre de 1828, tras ocho días de visitas y apenas cuatro horas de trabajo por causa de las múltiples ocupaciones del Libertador, marfil del cual hizo una copia que conservó y de la cual hizo otras muchas, una de ellas, de cuerpo entero, que el General Tomás Cipriano de Mosquera recomendó al Congreso, donde está todavía, y por la cual el pueblo de Colombia pagó mil pesos de entonces.

A pesar de que desde 1821 Santander llamará a la colonial Plaza Mayor, Plaza de la Constitución, en 1846, tres lustros después de la muerte del Libertador y ya disipado el odio contra el héroe, se inició el culto oficial a su memoria. Se colocó entonces, en el mismo lugar donde había estado siempre la picota, una efigie hecha en Italia por el orfebre Pietro Tenerani, conocido por sus piezas neoclásicas y porque había pasado por estas tierras camino de Brasil donde se desempeñó como maestro durante el Imperio de don Pedro II. El encargo fue hecho y pagado por José Ignacio París, a la sazón propietario de la casa de



Fucha, última que habitara Bolívar antes de su postrer destierro. Desde entonces el pueblo llama al lugar Plaza de Bolívar, a pesar de las reservas y oposiciones de los santanderistas. El 20 de julio de 1881, bajo la presidencia de Rafael Núñez, el conjunto escultórico fue rodeado con una verja traída de Europa, que protegía un patio inglés y fue destruida por una turba enfurecida en 1919.

La estatua, apenas algo mayor al tamaño natural, muestra a Bolívar como militar y lleva, sin que sepamos por qué, una medalla de Washington al pecho. Tiene la cabeza descubierta y viste un suntuoso manto, botas altas, de caballería, mientras sostiene una espada en su mano derecha y la izquierda empuña un papel a medio enrollar. Ni la postura, ni el traje, con una capa que es *pallio* griego, se corresponden con los retratos conocidos, pues fueron obra de la imaginería de un necesitado escultor italiano, afecto a los monumentos romanos del imperio y cuya fama reposa en efigies sagradas de las iglesias de San Juan de Letrán y Santa María. A ella van como anillo al dedo las frases que el Libertador escribiera desde Cuzco, en 1825, al guayaquileño José Joaquín Olmedo, para rechazar su falso *Canto a Junín*, que pretendía celebrarle:

Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Cápac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Usted dispara donde no se ha disparado un tiro; usted abraza la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles, que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Córdoba, un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Áyax; de Miller,

un Diomedes; y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina y heroica, que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico, y, para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros; usted, pues, nos ha sublimado tanto que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes.

Como puede deducirse, Bolívar fue otro: pequeño, huesudo y pálido, tenía sangre de negros y facciones de zambo, patillas y bigotes de mulato y en raras ocasiones vestía el traje de los militares europeos y menos el napoleónico. Quienes le conocieron [Hippisley, Proctor, Perú de la Croix] le retratan las más de las veces con los largos cabellos atados a una cinta, pañuelos de colores alrededor de su cuello, casacas militares, pantalones azules de paño tosco, botas con espuelas o alpargatas, corbatas negras, chalecos blancos, levitas y sombreros de paja, como aparece en uno de los magistrales retratos que hiciera del Libertador el mismo Espinosa meses antes de su muerte. E incluso, como le vio en los campos de batalla un Oficial de la Legión Británica, empuñando una lanza con una banderola negra y unos huesos en corva con la divisa: Libertad o Muerte.

Entonces, si como todo parece indicarlo, una nueva república puede deparar el futuro a los colombianos, es nuestro deber dar a las generaciones venideras una imagen



del héroe que se corresponda al menos con ciertas verdades de su existencia y su efigie, que den testimonio del hombre que fue. Porque quien conozca un poco la historia del Libertador sabe que no fue sino un sabio empujado a la guerra y el más bello modelo de humanidad que pudo depararnos la crueldad de la especie. Bolívar merece otra imagen, como la que nos ofrece la novela de García Márquez, la de un ser de carne y hueso, como nosotros mismos. Como las víctimas de esta prolongada guerra que hoy vivimos y de la cual ha sido ese Bolívar que pisa la Plaza de Bolívar, el símbolo.

Porque el Bolívar que deseamos para nuestras descendencias debe ser aquél que con estas frases memorables exigió en Angostura, en 1819, la libertad para quienes no la tenían:

Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis Estatutos y Decretos; pero yo imploro la confirmación de la Libertad absoluta de los Esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República. ☐

Harold Alvarado Tenorio (Buga, 1945). Colombiano, doctor en Letras por la Universidad Complutense de Madrid. En Nueva York trabajó en el Marymount Manhattan College, y en Beijing, en el comité de redacción de la revista *China hoy*. Profesor de la Cátedra de Literaturas de América Latina y Director del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. Es director de la editorial y la revista de poesía *Arquitrave*. Entre sus libros figuran *Summa del cuerpo*, *Literaturas de América Latina*, *Poemas chinos de amor* y *Una generación desencantada: los poetas colombianos de los años setentas*. Ha recibido, entre otros, el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar y el Internacional de Poesía Arcipreste de Hita. Su obra ha sido publicada en inglés, francés, italiano, griego, chino, alemán y portugués.